

parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme según se apresuraban á abrazarme.

— Ánimo, Gil Blas, me dijo Rolando, has hecho maravillas. Durante tu expedición no apartamos los ojos de ti; observé tu firmeza, tu resolución y todos tus movimientos; y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heroico ladrón y el terror de los caminos reales.

El teniente y los demás aplaudieron la predicción, asegurando que no podía dejar de verificarse algún día. Dí á todos las gracias por el buen concepto que habían formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo.

Después que alabaron, tanto más cuanto menos lo merecía, la villana acción que había hecho, les entró la curiosidad de examinar la presa.

— Veamos, dijeron, qué contiene la bolsa del religioso.

— Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos.

Desatóla el capitán, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con agnusedí y algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva, todos prorrumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron reventar de risa.

— A la verdad, exclamó el teniente, que todos debemos estar muy agradecidos al Sr. Gil Blas: el primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía.

A esta bufonada siguieron otras de los demás. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata, se divertieron con mil impías truhanerías sobre la materia, profiriendo dichos que mostraban bien la corrupción de sus costumbres. Sólo yo no tenía gana de reír. Verdad es que me la quitaban los bufones que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitán me dijo:

— Aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con frailes, porque son más agudos y chuscos que tú.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO IX

Del serio lance que siguió á la aventura del fraile

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel día sin haber visto pasajero alguno que enmendase el chasco que nos había dado el religioso. Salimos en fin para restituirnos á nuestro soterráneo, persuadidos de que las expediciones del día se habían acabado con el risible suceso que todavía daba materia á la conversación y á las chufletas, cuando descubrimos á lo lejos un coche tirado de cuatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecían venir bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para tratar de lo que se había de hacer; y la resolución fué que se les atacase. Pusímonos todos en orden, según la disposición del capitán, y marchamos en orden de batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que había recibido en el bosque, se apoderó de mí un temblor universal, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frío, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mía me hallaba á la frente del cuerpo de batalla, en medio del capitán y del teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí; me miró con ojos torvos, y con voz bronca me dijo:

— Oye, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, te levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos.

Estaba muy persuadido de que lo haría mejor que lo decía, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso: y así sólo pensé en recomendar mi alma á Dios.

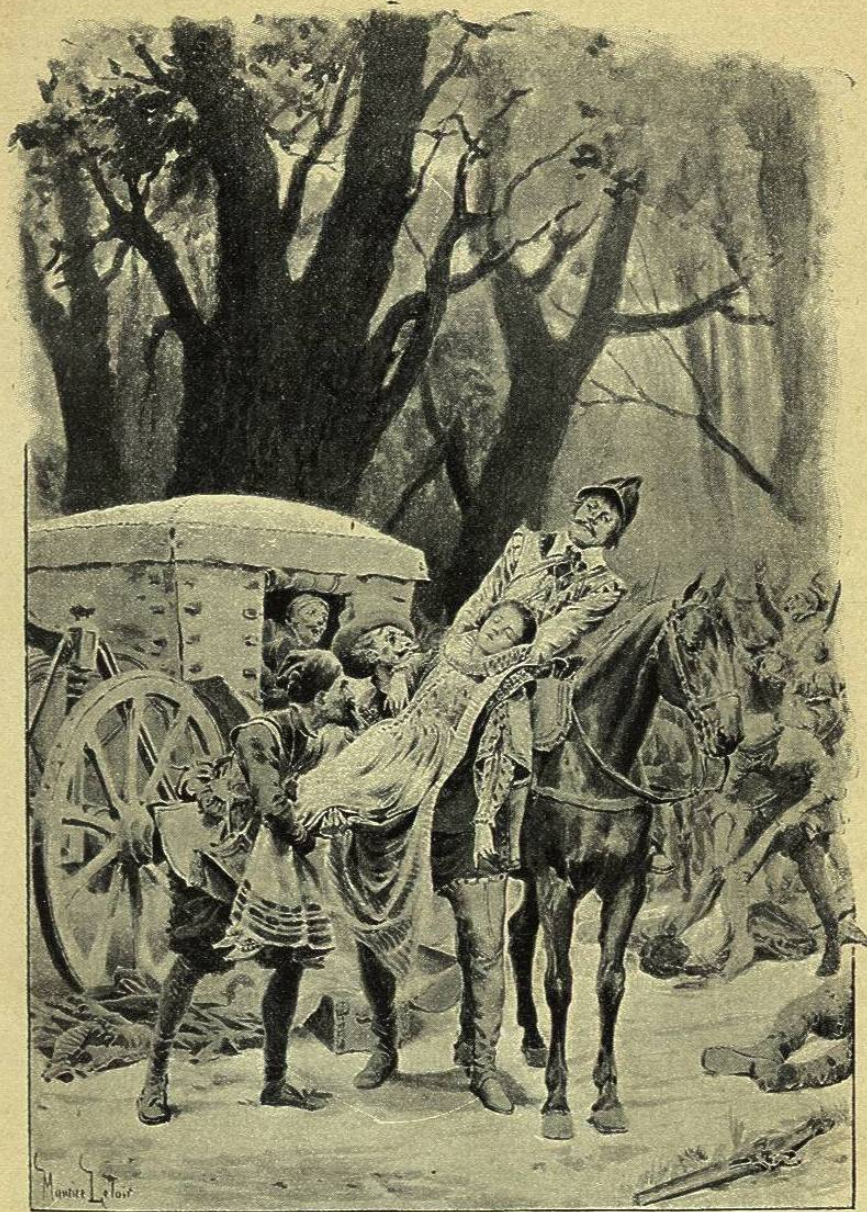
076553



Entretanto el coche y los caballeros se nos venían acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon á tiro de fusil. Todos traían armas; y mientras se preparaban á recibirnos, salió del coche un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano, que uno de los montados tenía por la brida, y se puso al frente de los demás. Aunque eran sólo cuatro contra nueve, se arrojaron á nosotros con un brío que aumentó mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la acción, pues aunque me hallaba presente, nada veía, porque, turbada con el terror la imaginación, me ocultaba el horror de un espectáculo que verdaderamente me sacó fuera de mí. Lo único que puedo decir es que, después de un gran ruido de mosquetazos y carabinazos, oí gritar á mis camaradas: «¡Victoria!, ¡victoria!» Al oír esta aclamación, se disipó el miedo que se había apoderado de mis sentidos, y vi tendidos en el campo los cadáveres de los cuatro que venían á caballo. De nuestra parte sólo murió el apóstata, que en esta ocasión recibió lo que merecía por su apostasía y sus malas chanzas sobre los escapularios y medallas. El teniente fué herido en un brazo, pero muy levemente, pues el tiro apenas hizo más que rozarle un poco el pellejo.

Corrió luego el Sr. Rolando á la portezuela del coche, y vió dentro una dama de veinticuatro á veinticinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aún no había vuelto en sí; mientras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa; lo primero que hicimos fué apoderarnos de los caballos que habían servido á los muertos, y que espantados con los tiros se habían descarriado después de quedar sin guías. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la acción se había apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para quitarles los tirantes, y las cargamos con los cofres que venían en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la señora por orden del capitán, la cual aún no había recobrado los sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dejando en el camino el coche, y á los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la señora, las mulas, los caballos y preseas.



Hecho esto, se sacó del coche á la señora por orden del capitán..



## CAPÍTULO X

De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada.

Gran proyecto de Gil Blas, y sus resultas

Llegamos á la cueva una hora después de anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre y cuidar de ellas; porque el viejo negro hacía tres días que estaba en cama, rendido á crueles dolores de gota y á un reumatismo que apenas le dejaba libre más que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorrumpiendo en las más horribles blasfemias: dejamos aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina á cuidar de la señora, que estaba sobrecogida de un parasismo mortal. Nos dimos tan buena maña, que logramos volviere del desmayo; mas cuando recobró sus sentidos y se vió entre unos hombres que no conocía, sintió todo el peso de su desgracia y comenzó á desesperarse. Todo lo más horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á la imaginación, otro tanto se veía pintado en sus ojos, que levantaba al cielo como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entonces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitán, pareciéndole mejor abandonarla á sí misma que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dejándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros á la sala, y uno de los ladrones, que había sido cirujano, reconoció el brazo del teniente y le aplicó bálsamo. Hecha esta operación, se pasó á ver lo que había en los cofres. Halláronse algunos llenos de telas y encajes, otros de vestidos, y el último que se reconoció contenía algunos talegos



de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluído este registro, la cocinera puso la mesa y sirvió la cena. Desde luego se movió la conversación sobre nuestra gran victoria, y Rolando, volviéndose á mí, me dijo:

— Confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto.

— No lo puedo negar, respondí yo, antes bien lo confieso de buena fe; pero déjenme ustedes hacer dos ó tres campañas, y entonces se verá si sé pelear como un Cid.

Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo:

— Se le debe perdonar, porque la acción fué muy empeñada, y para un mozo que jamás había visto tirar un tiro, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habíamos traído, y resolvióse que al día siguiente iríamos todos á venderlos á Mansilla, donde verosímilmente no habría llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto, acabamos de cenar y nos fuimos á la cocina á ver á la pobre señora. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibía en ella un leve aliento de vida, algunos ladrones no dejaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos á no haberles contenido el capitán, representándoles que á lo menos debían de esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la tenía casi sin sentido. El respeto con que miraban al capitán refrenó su incontinencia: sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la señora, y aun después de su muerte no habría estado seguro su honor.

Dejamos en tan triste situación á aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada cual á nuestro cuarto. Por lo que á mí toca, apenas me acosté, cuando, en vez de entregarme al sueño, sólo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese persona de distinción, y por lo mismo me parecía ser más deplorable su suerte. No podía pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentía tan fuertemente conmovido como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin, después de haberme compadecido de su destino, sólo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corría, y en fugarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podía mover á causa de sus dolores, y que la cocinera tenía la llave de la reja. Este pensamiento me acaloró la imaginación, y me inspiró un proyecto, que medité muy bien y á cuya ejecución dí principio de la manera siguiente.

Fingí que me había asaltado un dolor cólico. Prorrumpí desde luego en ayes y quejidos, y después empecé á dar gritos y alaridos lastimosos. Despertaron

al ruido los compañeros, acudieron todos á mi cuarto y me preguntaron qué tenía. Respondíles que estaba padeciendo un horrible cólico; y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacía gestos y espantosas contorsiones revolviéndome á todas partes y agitándome extrañamente. Hecho esto, de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento después comencé á revolcarme en la cama y á morderme las manos. En una palabra, representé con tal primor mi papel, que los ladrones, no obstante de ser tan sutiles y tan astutos, se dejaron engañar, y creyeron que efectivamente padecía violentísimos dolores. Así, pues, todos se dieron la mayor prisa á socorrerme. Uno me traía una botella de aguardiente y me hacía beber la mitad; otro, á pesar mío, me administraba una lavativa de aceite de almendras dulces; otro iba á calentar paños y casi abrasando me los ponía en la boca del estómago. En vano pedía misericordia: ellos atribuían mis clamores á la fuerza del cólico, y me hacían padecer dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenía. En fin, no pudiendo ya sufrir más, me vi obligado á decir que ya no sentía retortijones y que no necesitaba de remedios. Cesaron de mortificarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme, porque no volviesen á aplicármelos.

Duró esta escena casi tres horas; y juzgando los ladrones que ya no podía tardar en venir el día, partieron todos á Mansilla. Manifesté gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron.

— No, no, Gil Blas, me dijo Rolando; quédate aquí, hijo mío, porque te podría repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estás en estado de hacerlo.

Mostréme muy sentido de no ser de la partida, y lo fingí con tanta naturalidad, que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacían siglos los instantes, entré en cuentas conmigo y me dije á mí mismo:

— ¡Ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas grande ánimo! Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en situación de oponerse á tu gloriosa empresa, ni Leonarda puede impedir su ejecución. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamás otra tan favorable.

Estas reflexiones me infundieron aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama: vestíme, tomé la espada y las pistolas, y fuíme derecho á la cocina; pero antes de entrar en ella, habiendo oído hablar á Leonarda, me detuve y apliqué el oído para escuchar lo que hablaba. Discurría con la señora desco-



nocida, que, habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprendiendo entonces todo su infortunio, lloraba amargamente, faltándole poco para desesperarse.

— Lloro, hija mía, le decía ella, y llora todo cuanto quieras: no reprimas los suspiros, y da libertad á los sollozos; con esto te desahogará. Es cierto que parecía peligroso el accidente, pero ya que rompiste en llorar, no hay que temer. Así que se te haya mitigado el pesar (que poco á poco se desvanecerá), te acostumbrarás á vivir con esos señores, que todos son gente honrada y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una princesa: todos á porfía se esmerarán en complacerte, y cada día te mostrarán más amor. ¡Oh, y cuántas mujeres envidiarían tu fortuna si la supieran!

No le dí tiempo á que dijese más. Entré en la cocina con intrepidez, y púselo una pistola al pecho, amenazándola con quitarle en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente y sin réplica la llave de la reja. Turbóse á vista de mi acción, y aunque era ya de edad avanzada, todavía tenía tanto apego á la vida, que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme ó no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome á la bella dolorida, la dije:

— Señora, el cielo os ha enviado un libertador: levantaos para seguirme, que yo os conduciré y pondré con toda seguridad donde me lo mandéis.

No se hizo sorda á mi voz: mis palabras hicieron tanta impresión en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que le quedaban, se levantó, arrojóse á mis pies, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla del suelo, asegurándole que por mi parte nada temiese y que confiase en mi honradez. Cogí después unos cordeles que había en la cocina, y ayudándome la misma señora, amarré con ellos á Leonarda á los pies de una gran mesa, amenazándola con que le quitaría la vida al menor grito que diese. Encendí luego una vela, y acompañado de la señora desconocida, pasé al cuarto donde estaban las monedas y alhajas de plata y oro; llené los bolsillos de cuantos doblones pudieron caber en ellos, y para obligar á la señora á que hiciese otro tanto, le dije que en ello no hacía más que recobrar lo que era suyo. Después de haber hecho una buena provisión, marchamos á la caballeriza, donde entré yo solo con las pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dejaría ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y estaba resuelto á curarle de una vez de todos sus males si no quería ser bueno; pero por mi buena suerte se hallaba á la sazón tan agravado de los dolores que había pasado, y que le atormentaban aún, que saqué el caballo sin que diese la menor señal de haberlo

conocido. La señora me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva: abrimos la reja, y llegamos á la trampa que cubría la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla, ó por mejor decir, para lograrlo hubimos de menester nuevas fuerzas, que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba á rayar el día cuando nos vimos fuera de aquel abismo, y de



Yo monté á caballo, puse á la señora á la grupa

lo que más cuidamos entonces fué de alejarnos cuanto antes de él. Yo monté á caballo, puse á la señora á la grupa, y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó, tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura, donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno á la ventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que sería fatal encuentro. Pero fué vano mi temor, porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atención, como si fuera para ellos un espectáculo nunca visto el de una mujer á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer mesón, y ordené al punto que guisasen una liebre y asasen una perdiz. Mientras esto se disponía, conduje á la señora á un cuarto, donde comenzamos á discurrir, lo cual no habíamos podido hacer



en el camino por la priesa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que le había prestado, diciéndome que á vista de una acción tan generosa no se podía persuadir que yo fuese compañero de los infames de cuyo poder la había libertado. Contéle entonces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenía. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza, y me refiriese sus desastres, como lo hizo, de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XI

Historia de Doña Mencía de Mosquera

«Nací en Valladolid, y mi nombre es doña Mencía de Mosquera. Mi padre don Martín, coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal después de haber consumido su patrimonio en el servicio del rey. Dejéme pocos bienes, y consiguientemente, aunque hija única, no era un gran partido para ser buscada en casamiento. Mas, á pesar de mi escasa fortuna, no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los más principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atención fué don Álvaro de Mello. A la verdad era el más galán y airoso de todos, y reunía además otras prendas recomendables, que me decidieron á su favor. Era prudente, entendido y valiente, acompañando á esto ser muy comedido, atento, pundonoroso y el hombre más bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba más arriesgado, más brioso ni más diestro; y en las justas era la admiración de todos su despejo, habilidad y valentía. Finalmente le preferí á sus competidores, y le dí mi mano.

»Pocos días después de nuestro matrimonio se encontró en un sitio retirado con don Andrés de Baeza, que había sido uno de sus antiguos competidores en pretenderme. Picáronse los dos, sacaron las espadas, y costó la vida á don Andrés. Era éste sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento y enemigo mortal de la casa de Mello; y por consiguiente juzgó don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dijo:

— »Querida Mencía, es indispensable separarnos. Ya conoces al corregidor: